

en las labores del huerto, y en otras ocupaciones de la familia. Es muy aficionado á la caza, y habiendose hecho traer de México una escopeta con cantidad de pólvora y municiones, me provee abundantemente de la mas delicada caza, asi de quadrúpedos, como de volatería que hay en este contorno. Ayer salió á este exercicio, y no volverá hasta mañana, porque hizo ánimo de dar una vuelta por estas llanuras circunvecinas, para alargar un poco mas su diversion favorita.

## CAPITULO X.

*Prosigue la Historia de Gil Blas. Parte á España el hijo del Hermitaño Motezuma; vuelve de su viaje, y las noticias que dió á Gil Blas de su familia.*

Asi terminó su historia (continuó Gil Blas) el virtuoso nieto del Emperador Motezuma. El Vice-Almirante y yo quedamos verdaderamente admirados de los sucesos tan extraños de su vida, y el saber que era de sangre Real añadió muchos grados á la reverencia, con que ya le mirabamos por su venerable ancianidad, y por sus exemplares costumbres. Yo desde luego

go hice ánimo á quedarme con aquel santo Hermitaño, con tal que él se dignase de admitirme en su compañía. Propúsele mi pensamiento, y él luego que supo quien era, no tuvo la mas mínima dificultad en recibirme. Mientras tanto volvió de su caza el hijo del buen viejo, trayendo consigo gran cantidad de volatería de todas especies, y de exquisito gusto, y se admiró mucho, quando vió la numerosa comitiva de los criados que nos servian, porque no se acordaba de haber visto tanta gente junta desde que le habia amanecido el uso de la razon. Vinole la gana de entrar en la marina, y me empeñó para que habláse al Vice-Almirante, pidiendole la gracia de admitirle en el número de sus Oficiales; pero le respondí, que ante todas cosas debia solicitar el consentimiento de su padre, el qual á ruegos míos se le dió, aunque no sin mucha dificultad. Pocos dias despues partimos todos de conserva la vuelta de México, donde queria yo imponer en el comercio lo que me habia quedado de mis seis mil doblones, entregandoselos á los herederos del Sacerdote corresponsal de Don Fernando, para que negociasen con ellos, y de los réditos me enviasen cada año las provisiones necesarias para mi manutencion. El buen Hermitaño no se pudo despedir de su hijo sin muchas lágrimas, y sin obligarle á dar palabra de volver á verle, quando la flota hiciese otro viage á Vera-Cruz al cabo de dos años. Luego que llegamos á la

Capital de la Nueva España, estipulé mi contrato del resto de los seis mil doblones, y me restituí muy contento á esta caverna, despues de haberme despedido del Vice-Almirante, y del viznieto del Emperador Motezuma, á quien aquel habia hecho su Ayudante. Traxe conmigo algunos muebles menos rústicos, y de mejor gusto que los que habia entonces, y alhajé nuestra habitacion con los que ahora veis en ella. El solitario me esperaba con impaciencia, y luego que me vió, exclamó diciendo: O digno sucesor del Anacoreta Fernando! pareceme que vuelvo á vivir de nuevo, pues en tí estoy viendo todas las virtudes de aquel santo hombre: él abandonó como tú todas sus riquezas y todo quanto mas amaba en el mundo, retirandose á vivir en esta gruta; aunque pudo hacer gran figura en el mundo, todo lo despreció, reputandolo por nada en comparacion de la bienaventurada tranquilidad, que se goza en este ameno desierto. De aqui nos fuimos insensiblemente introduciendo en discursos graves y sérios, sobre la inconstancia y vicisitudes de las cosas humanas, moralizando en este asunto, de manera, que ni aun el mismo Séneca se hubiera desdeñado de mezclarse en aquella nuestra conversacion. Unieronse nuestros ánimos en una indisoluble uniformidad, sintiendo tal consuelo y alegría en nuestro corazon, que no la acertaré á explicar. En suma nos parecia estar mal siempre que no estabamos juntos. No me acuer-

do,

do, repetia muchas veces el nieto de Motezuma, no me acuerdo de haber tenido dias tan alegres como los presentes, despues que mi Dionisia hizo el gran viage á la eternidad; y despues que mi Dorotea (le respondia yo) cerró para siempre sus bellos ojos á la luz del mundo, tampoco he tenido horas de tanto gusto como las que ahora pasamos. Ni la Corte, ni las Guardias, ni las mas ostentosas diversiones de todos mis Imperiales abuelos (replicaba el Hermitaño) eran tan estimables para mí, como lo es la sencilla conversacion con un hombre como vos. Ni el favor del Duque de Melar, ni toda la confianza del Duque de Oreslavi (reponia yo) fueron nunca para mí de tanto consuelo, como lo es vuestra sincera amistad.

Tan contentos viviamos entrambos los dos primeros años, quando al cabo de ellos comenzó mi compañero á entrar en alguna aprehension, viendo que se tardaba la vuelta de su hijo. Yo tambien me interesaba bastante en la misma expectativa; porque á pesar del total desprendimiento que deseaba tener de todas las cosas del mundo, la sangre que abogaba en causa propia, supo inducirme á encargarle mucho, que se informase diestramente de toda mi familia. Este cuidado alteró un poco la tranquilidad de entrambos: y quanto mas se dilataba la deseada vuelta del hijo de Dionisia, tanto mas crecia nuestra inquietud, y se iba cansando nuestra paciencia; pero llegó

gó al fin el día tan deseado. Acababamos un día de comer, quando vimos entrar á Diego (asi se llamaba el muchacho) acompañado de otros quatro hombres vestidos á lo militar, los quales nos traían ciertos regalos demasiadamente preciosos para el estado en que nos hallabamos. Luego que entre padre é hijo se acabaron aquellas primeras demostraciones del paterno y filial amor, me introduxe yo en la conversacion, y le pregunté qué noticias me traía de mis hijos, de Scipion y de mi cuñado Don Juan Juntella. Señor, me respondió, para poder informar á Vmd. con fundamento de todo lo que ha pasado en su familia, hice expresamente un viage á los contornos de Liria, y ví con mis propios ojos á sus dos hijos que gozaban de perfecta salud, y estaban en casa de Beatriz, la muger de Scipion, visitados frecuentemente de su cuñado de usted, el qual ha tomado á su cargo el darles la mejor educacion. Por lo que toca á Scipion, este buen hombre y fidelísimo criado de Vmd. luego que recibió su carta, montó acaballo, y partió de Liria solo, sin decir palabra á nadie, ni saberse á donde haya ido; de manera, que ninguna noticia se habia tenido de él, quando yo fui á visitar vuestro castillo. Todos sospechan que andará por el mundo en busca vuestra, y debo deciros, que toda vuestra casa está en una grandísima pena, por no saber dónde os habeis retirado. Todo esto lo averigué con destreza de los vecinos de

Sta-

Stamo, sin que ninguno pudiese sospechar, que yo tuviese arte ni parte en lo que ellos me contaban. Gran consuelo tuve (interrumpió aquí Gil Blas) con las buenas noticias que me dió aquel mozo de mis amados hijos, y no dexó de entermecerme un poco el amor y la fidelidad de Scipion y de mi cuñado Juntella. Mientras Diego hacía su relacion, mi compañero estaba disponiendo la cena para los huéspedes que nos habian venido. Era á la verdad un cocinero primoroso, y tanto, que el del Arzobispo de Granada, ni mucho ménos el de Valencia la hubieran sazonado tan bien en un sitio, de donde estaba desterrado todo género de especias y drogas. Nos sentamos á una misma mesa, sin la melindrosa distincion de que los soldados esperasen á cenar en la segunda. Acabada la cena, el sucesor de Fernando dixo á su hijo: Cuéntanos algo de las cosas mas memorables que sucedieron en vuestro viage. Obedeció Diego prontamente, y comenzó á hablar de esta manera.

Señor, quando partí de México para Veracruz, en compañía del Vice-Almirante, este Caballero me cobró grande amor, y desde luego me hizo Ayudante suyo, distinguiéndome mucho entre todos los demás Oficiales. Nos embarcamos en la flota, y haciéndonos á la vela, la oposicion de los vientos nos hizo perder mucho tiempo á la altura de la isla de Santo Domingo, hasta que abonanzando el mar, nos en-

TOMO V.

P

gol-

golfamos en el Occéano, y llegamos con felicidad á la mitad de nuestro viage. No me detengo á describir los trabajos que padecimos en él: el menor de todos comer una galleta mohosa, y mas dura que un peñasco, bebiendo una agua corrompida, que de mas á mas estaba hirviendo en gusanos. Padecí los acostumbrados efectos de la náusea que causa el mar á los que no están hechos á él; pero todo esto no sería nada, si una furiosa y repentina borrasca, que se levantó al ponerse el sol, no nos hubiera puesto á todos en peligro evidente de la vida. Ninguna esperanza teníamos ya de salvarnos, si nuestro piloto, expertísimo náutico, habiendo avistado tierra á no corta distancia, no hubiera enderezado la proa hácia ella, y si á pesar de la tempestad no hubieramos tenido la fortuna de envocarnos en un seno, ó sea cala, bastante cómoda, donde las olas no tenian mas alteracion, que la que resultaba de la grande que se padecía en alta mar. Exâminóse la tierra, y se halló ser un país enteramente desconocido. Lo restante de la flota se habia separado de nosotros, y el Almirante se halló muy sorprendido, viéndose anclado en una isla, que no hallaba notada en la carta de navegacion, que tenia delante de los ojos. Midióse la altura, y se encontró pocos grados distante del derrotero acostumbrado que siguen todos los que navegan desde la América á Europa, y esto mismo era lo que causaba mayor admiracion. Final-

men-

mente fué grandísimo nuestro consuelo, quando vimos acercarse á nosotros algunos hombres vestidos á la Española, y convidarnos á que saltásemos en tierra, para repararnos de las fatigas que habiamos padecido en la navegacion. El equipage aceptó gustoso el convite, y nos vimos desembarcados en el mas bello país del mundo. Era una isla, como de trescientas millas, esto es, cien leguas de circunferencia, poco mas ó menos, de figura casi perfectamente redonda, y en el centro de ella se elevaba una colina casi de la misma figura circular, rodeada toda de casas, donde vivian sus afortunados habitantes, y á su falda brotaban un sin fin de fuentes, todas de una agua delicadísima, cuyos desperdicios formaban limpios y cristalinos arroyuelos, que serpenteando, y como retozando por la llanura, conducian al mar su clarísimo tributo. Algunos árboles de prócera y corpulenta estatura, no menos que de singular belleza hacian una sombra sumamente apacible, en gracia de la qual se sentia una aura ligera y muy suave, que duraba todo el año, desterrando para siempre los excesivos rigores del invierno, y los inmoderados ardores del estío. Reynaba en aquel sitio una perpetua primavera, y un continuo abundantísimo otoño, cuya multitud de fragrantísimas flores, y copia increíble de exquisitísimas frutas, hacian pasar una vida la mas feliz, y la mas bienaventurada que se puede lograr en este mundo. Contentísimo el Vice-

P 2

Al-

Almirante de un descubrimiento tan particular, estaba muy deseoso de saber, cómo ó con qué motivo habian venido los Españoles á poblar aquel deliciosísimo sitio; y habiendo venido á visitarle un venerable anciano, que parecia ser el principal de la isla, le suplicó que se tomase el trabajo de satisfacer su curiosidad, haciéndole fiel y menuda relacion de todo lo que sabia en punto al establecimiento de los Españoles en aquel sitio incomparable.

## CAPITULO XI.

*Relacion del establecimiento de los Españoles en la isla desconocida. Sus costumbres, leyes y admirable gobierno.*

Señor (le dixo) yo soy tercer nieto de un Capitán de Caravela, que quando Cristobal Colón volvia la segunda vez á España desde América, se separó del resto de la armada por un temporal, y despues de haber andado mucho tiempo perdida por estos mares, consumidas casi todas las vituallas, arribó como ustedes, dichosamente á este puerto. La gente de su equipage llena de sed y de hambre, y además de eso ansiosísima de reposo, despues de tan larga y

penosa navegacion, saltó luego en tierra, y viéndose en un país, por una parte enteramente desierto, y por otra tan rico de todo quanto puede servir, no solo al mantenimiento del hombre, sino tambien á su comodidad y regalo, determinó quedarse aquí, y fixarse en él por todo lo restante de la vida. Venian en la Caravela artifices de todos los oficios, con los instrumentos correspondientes al de cada uno, y así nos fue muy facil, añadiéndose los materiales, que nos suministró la isla, fabricar las casas, y todas las demás cosas que ustedes ven, al uso y á la manera de Europa. Sus mugeres, que se les habia permitido se embarcasen con ellos, sirvieron para la propagacion, y en poco tiempo creció aquel pueblo de manera, que se pudo formar una numerosa colonia, y cierta especie de gobierno, con sus leyes particulares. Todos los frutos de la tierra se depositaban en unos almacenes públicos, á cargo de ciertos Comisarios, que tenian la incumbencia de distribuirlos entre las familias, á proporcion de lo que necesitaba cada una para su manutencion. Por lo que tocaba al vestuario, dispuso la providencia, que descubriésemos lino y cáñamo, que cuidadosamente cultivado, nos produce lo que basta para cubrirnos con decencia, puesto que el temperamento de este clima, siempre dulce é igual, no nos permite usar para nuestro abrigo de materiales mas gruesos y pesados. De cinco en cinco años se mudan los Magis-

trados y los empleos ; de manera , que los que antes estaban destinados á trabajar en el campo , y á cultivar la tierra , pasan despues á exercitarse en los oficios y artes mecánicas , y tanto de unos como de otros se extraen los que son propuestos para el gobierno , y de este modo en breve tiempo todos participan , y á todos toca la autoridad y superioridad del gobierno. Esta solamente se exercita en lo que es puramente económico , porque entre nosotros no hay pleytos internos , ni disputas forasteras que turben , ni alteren nuestra quietud. Todos nuestros estudios se reducen á instruirnos bien en todas aquellas artes , que son necesarias para nuestra cómoda subsistencia , y así todos estamos obligados á ser sastres , zapateros , carpinteros , texedores , panaderos y labradores , porque debemos exercitar todos estos oficios periódicamente , ó por cierta especie de turno. Nuestras mugeres están retiradas y guardadas con la mas vigilante cautela. Los quartos de su habitacion están siempre á las espaldas de las casas , con vistas únicamente á la colina , la qual es toda nuestra diversion. Al ponerse el sol se juntan ellas solas en un sitio de la misma , y allí tienen su conversacion , sin que sea lícito á ningún hombre concurrir á ella. En orden á nuestros matrimonios hay una ley harto particular , y es , que antes de cumplir quince años , ninguna muchacha puede pretender marido , ni antes de los veinte y cinco ningun mozo puede tener mu-

muger. Hay un Magistrado , que se llama *el Magistrado de los Matrimonios* , compuesto de los hombres mas ancianos y mas sesudos de la isla , al qual toca disponer las bodas , y unir los dos esposos , no solo sin su consentimiento , pero aun sin que ninguno de ellos tenga la menor noticia hasta que ya se ven casados. La regla por donde el tal Magistrado se gobierna , es únicamente por la proporcion de las edades , que deben corresponder á los dos esposos. Por exemplo : una muchacha de diez y seis años se debe casar con un hombre de veinte y cinco , una de diez y ocho con uno que tenga diez años mas , &c. Quando no se puede observar perfectamente esta regla , se procura á lo menos acercarse á ella todo lo posible. Tiene dicho Magistrado una exâctísima nota de todos aquellos , y de todas aquellas que pueden y quieren casarse , con la puntual noticia y apuntamiento de su edad , para acomodarlos á todos segun corresponde á sus respectivos años. Pónese el mayor cuidado en no juntar en matrimonio á ninguno que tenga algun grave defecto corporal , y así todos aquellos defectos que afean visiblemente las personas , son impedimentos absolutos. Un coxo , un tullido , un corcobado , un sordo , un ciego y un mudo no pueden absolutamente casarse , y lo mismo se debe entender de las mugeres. En nuestros matrimonios observamos todas las ceremonias de nuestra Santa Religion Católica , porque tam-

tambien se salvaron algunos Sacerdotes; y por lo que hace á lo político, se observa otra ceremonia que es la siguiente. Quando el Magistrado ó Tribunal autorizado para disponerlos, ha determinado ya la esposa correspondiente á tal esposo, la entrega á las mugeres que viven en la casa de éste, á tiempo que las mugeres están juntas en su conversacion; aquellas la llevan á su casa, y quando el esposo vuelve á ella de noche, la encuentra con las demás, y conociendo que aquella es la muger que le ha tocado, sin otro requisito ni cumplimiento, se casan con las ceremonias de la Iglesia. De esta manera no se ven entre nosotros ciertos desórdenes que se leen en los pocos libros que nos han quedado. Amancebamientos y adulterios aquí no se conocen; zelos, riñas y domésticas desazones, no tienen lugar en las familias, y todos vivimos con la mayor paz, con la mas perfecta union, y con la mas envidiable harmonía. Como los maridos no tratan, ni han tratado jamás con otra muger que con la suya propia, creen que ésta es la mas linda, y la de mas espíritu; ámanla mientras viven con ella, sin que ninguna otra entre á la parte en su amor.

Asi hablaba aquel anciano y venerable Isleño, teniendo encantados al Vice-Almirante, y á todos los que veniamos con él, no acabando de admirarnos de las maravillosas cosas que nos habia contado, de manera que no nos har-

tá-

tábamos de alabar un gobierno tan extraordinario. De buena gana nos hubiéramos todos detenido mas tiempo en aquella isla; pero el Vice-Almirante, despues de haber provisto al navio de todo lo que necesitaba, quiso que nos hiciésemos á la vela, y prosiguiésemos nuestro viage á España. Partimos, pues, con dolor de un sitio tan digno de nuestra embidia, y habiéndonos juntado con el resto de la flota, llegamos con felicidad, y sin otro siniestro accidente á la Bahía de Cádiz. Durante mi permanencia en España nada me ocurrió, que merezca vuestra atencion, y me restituí á Vera-Cruz sin que en toda la navegacion me sucediese cosa digna de contarse. Asi concluyó Diego su relacion, quedando admirados todos nosotros de lo que le habiamos oido acerca de aquella isla desconocida.

Concluida la relacion, y avanzándose la noche (dixo entónces Gil Blas) cada qual se fué á dormir. Diego solo se detuvo quatro dias en nuestra compañía, pasados los cuales quiso absolutamente partir, para volverse á embarcar. Su padre, y mi compañero, no pudo contener las lágrimas; pero al fin despues de haberle hecho prometer de nuevo, que si volvía á la América, no dexaria de vernos ni de traerme nuevas noticias de mi familia, le dexamos ir con Dios.

TOMO V.

e

CA-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO